



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Altomare, Marcelo

Alain Touraine, Critica de la modernidad, Buenos Aires, FCE, 1994, 392 páginas.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Altomare, M. (1994). *Alain Touraine, Critica de la modernidad, Buenos Aires, FCE, 1994, 392 páginas. Revista de ciencias sociales, (1), 189-195. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes* <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1312>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Alain Touraine,
Crítica de la modernidad,
Buenos Aires, FCE, 1994,
392 páginas.

Interpretada desde las tradiciones más disímiles y sujeta a variados tipos de indagaciones, la idea de modernidad ha devenido una preocupación fundamental en la agenda teórica del pensamiento de fin de siglo, a causa de su puesta en cuestión por parte del "imaginario cultural posmoderno". Sobre este escenario armado en torno a problemas de exégesis, Touraine investiga las promesas incumplidas del proyecto de emancipación moderno que condujeron a instalar la idea de un definitivo agotamiento de la "ideología modernista". Desde el Renacimiento hasta la Ilustración, la modernidad se presentó como la correspondencia entre una conducta humana emancipada de los postulados de la tradición y una sociedad ordenada según leyes universales. Esta identidad entre el hombre reconocido como "hacedor" y la sociedad entendida como su "obra" formó el núcleo de una modernidad que se impuso como tarea "la construcción de

una imagen racionalista del mundo". Ya sea que la ideología modernista acompañe o bien el proceso de racionalización de las imágenes religiosas del mundo, o bien la organización de los sistemas de acción de la empresa capitalista y del instituto estatal –mediante la implementación de una razón "puramente instrumental"–, el imaginario moderno "ha perdido su fuerza de liberación y creación".

La razón sustentaba la emergencia de una acción humana emancipada respecto de la tradición y de los preceptos éticos enunciados por los tutores morales y políticos, posibilitando la búsqueda de la "felicidad individual". A su vez, la misma razón matrizaba el funcionamiento de sistemas sociales que imponían al individuo un conjunto de reglas universales con respecto a las cuales debía adecuar su conducta. Como consecuencia de ello, la conducta racional del individuo se convirtió en acción previsible y calculable mediante la introyección de los valores directrices del sistema social. Asimismo, la razón desplegó una estrategia que prescindiendo de toda

preocupación ética "reduj[er] la sociedad a un mercado", habitado por actores cuyo único interés reside en maximizar su beneficio económico actuando sobre la base de una racionalidad de corte instrumental. Del mismo modo, la razón intentó postularse como una "fuerza crítica" asociada a la idea de libertad política creada por el liberalismo -i. e. ausencia de impedimentos externos-.

Delineada en tiempos regidos por el absolutismo, esta libertad negativa sobrevive en nuestro presente impugnando "todas las formas de sistemas y principios de organización para ser sólo un fluir de múltiples cambios y, por lo tanto, de estrategias personales o políticas".

A partir de esta presentación de la escena moderna, Touraine argumenta en favor de una hermenéutica de la modernidad separada de la "tradición histórica que la ha reducido a la racionalización". La exégesis de Touraine semeja una operación quirúrgica sobre el cuerpo del imaginario moderno a fin de escindir las dos lógicas que en éste se representaban en un único plexo de sentido: el "mundo de los objetos manipulados por las técnicas" y el mundo del sujeto creador, "hacedor". Así, la modernidad abandona su carácter unidimensional vinculado al proceso de secularización, que se impone en las distintas esferas culturales, y adquiere la forma de

un mundo cruzado "por la dualidad de la racionalización y de la subjetivación". El ejercicio de Touraine procura "salvar la idea de modernidad", reconociendo, por un lado, su naturaleza bífronte, heredera "del espíritu del Renacimiento y del espíritu de la Reforma", y diagramando, por otro, una lectura que se aleje de igual modo tanto del universalismo de la ideología racionalista como del particularismo antimodernista adherido a integrismos y nacionalismos de signo diverso.

La interpretación de la modernidad entendida a partir de la fundamentación de un sujeto [*subjectum*] de nuevo tipo, centrado en la idea de un "yo" autónomo, autocentrado, y modelado sobre el *cogito ergo sum* cartesiano, por un lado, y aquella otra que la concibe como un vasto proceso de racionalización y secularización que organiza la totalidad de las instituciones sobre el modelo de una acción racional con arreglo a fines, por otro, informan los rasgos definitorios de la representación construida por el pensamiento social y político desde el siglo XVII hasta el presente. Colocado dentro de este horizonte exegético, Touraine periodiza el campo de la historia de las representaciones de la modernidad recurriendo a diferentes tradiciones intelectuales -por ejemplo, filosofía política, ética, sociología, psicoanálisis-.

Si bien la existencia de la *ratio*

moderna ha estado asociada a la capacidad de discernir entre lo verdadero y lo falso, o a la facultad de entendimiento de un hombre interpelado por el imperativo del *Sapere aude*, o a la crítica del orden institucional existente, el nudo del imaginario moderno se conformó –según Touraine– en torno “a la idea más amplia de una sociedad racional, en la cual la razón rige no sólo la actividad científica y técnica sino también el gobierno de los hombres y de las cosas”. La construcción de una “sociedad racional” supuso la erradicación de las instituciones legitimadas sobre la base de la tradición legada por el pasado, y la investigación de las leyes naturales de un orden normativo que orientará la conducta calculable (racional) del individuo. De este modo, la razón deviene en instrumento de secularización del instituto estatal y de la empresa económica, armándose la representación de un orden social sujeto a leyes impersonales; mientras que el individuo comienza a ser “definido por los papeles que cumple, es decir, por la conducta asignada a su posición y que debe contribuir al buen funcionamiento del sistema social”. Así, la ideología moderna hace de la sociedad un orden impersonal sujeto a reglamentos y de la conducta del individuo un conjunto de expectativas de rol. Como consecuencia, la relación entre la sociedad y el individuo se

transforma en el problema de la integración entre sistema y actor, temática que puede ser rastreada en la filosofía política y en el pensamiento sociológico. Sobre la superficie de este problema, Touraine localiza una corriente de pensamiento político y social que agrupa al Leviathan de Hobbes, la “Voluntad General” de Rousseau y la “conciencia colectiva” de Durkheim: un mismo “modelo de representación de la vida social” que –desde el siglo XVII al XX– evalúa la “capacidad de las instituciones por controlar los intereses y pasiones personales”. El punto nodal del “imaginario moderno” es la creencia en la facultad de la razón para producir un universalismo normativo que estructure la convivencia humana a través de un conjunto de reglas impersonales y calculables. Considerada como secularización o desencantamiento, la “ideología modernista”, que transita el espacio político y social desde la *virtù* del Príncipe renacentista de Maquiavelo hasta la *Zweckrationalität* del estado moderno y la empresa capitalista, proyecta la “construcción de una imagen racionalista del mundo” que “rechaza la autoridad de la tradición y sólo confía en la razón”.

A pesar de la fuerte hegemonia ejercida por el fenómeno de la secularización, el itinerario de la modernidad –señala Touraine– debe observarse desde la huella “representada por un sujeto que

en adelante está fuera de alcance, pero que no por eso deja de ser una referencia constantemente presente". Heredera de la noción de "yo interior" utilizada por San Agustín con el propósito de mediatizar el clásico problema cristiano de la relación entre hombre y Dios, la moderna idea de sujeto permaneció como el sustrato de toda una "línea de pensamiento" que galvanizó la Reforma luterana, la metafísica cartesiana, el iusnaturalismo de Locke, instalándose, finalmente, en el cuerpo del fundamento jurídico del constitucionalismo moderno expresado en el texto de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

El final del siglo XIX y las primeras décadas del XX marcan —para Touraine— el ingreso a un periodo de debilitamiento de la idea de modernidad y, por ende, de un sujeto racional, consciente y autónomo. La crítica de las nociones de intención y conciencia es el centro de un nuevo pensamiento preocupado por formalizar una concepción completamente diferente a la enunciada por el *cogito* del imaginario moderno. Antecedentes de tal modelo de pensamiento pueden ser extraídos de la crítica marxiana dirigida tanto "a la conciencia [como] a la acción intencional" del hombre *qua* individuo autónomo. Sin embargo, las escrituras de Nietzsche y de Freud serán paradigmáticas en

relación con el esfuerzo por subvertir la imagen de un sujeto autocentrado y concienencial. Para Nietzsche el sujeto es el resultado de una ficción creada por el imaginario moderno en el momento en que descubrió la existencia del yo racional como *subjectum* de toda conducta humana, y, consecuentemente, redujo la acción del individuo a un acto subordinado a la intención de un sujeto. En esta crítica al sujeto y a la conciencia Touraine interpreta que "Nietzsche repudia ... [aquello] que la sociología llama socialización, interiorización de normas sociales o moralización", y, por ende, toda representación de un sujeto ascético, racional, calculador y previsible.

La obra de Freud ocupa un lugar estratégico en la exégesis de la idea de modernidad llevada a cabo por Touraine; la posición de la escritura freudiana escinde la historia del pensamiento moderno en tanto "es el ataque más sistemático que se haya lanzado contra la ideología de la modernidad". A esta hipótesis vinculada a la historia de las ideas, Touraine agrega que su presente "reflexión tiene sus raíces, no en la sociología propiamente dicha, sino en la obra de Freud", reconociendo con ello la filiación que articula su teoría del sujeto con la interpretación realizada por el psicoanálisis. A partir de Freud el conjunto de las normas del sistema social

convertidas en componentes motivacionales de la conducta del agente, mediante el funcionamiento de las instituciones de socialización, es desplazado por una representación basada en la "ruptura entre individuo y sociedad".

La conciencia es entendida como una cualidad del acontecer psíquico, y no el sustrato cierto y estable que permite al individuo gobernar su conducta a través del cálculo. Habrá que escrutar el campo de lo inconsciente para estudiar las coordenadas de constitución de un sujeto que deja de ser allí donde éste deviene contenido de representación para sí mismo: la conciencia. Definido como un "ello" psíquico desconocido e inconsciente, el sujeto freudiano disuelve al individuo de la "razón operatoria" que ocupaba el centro del imaginario moderno. Se deduce pues que el sujeto no es el resultado del proceso de interiorización de un conjunto de expectativas de rol; por el contrario, él es constituido mediante un complejo proceso de identificaciones y elecciones de objeto, modeladas como representaciones psíquicas inconscientes.

La ruptura con el imaginario de la Ilustración iniciada con Nietzsche y Freud ha sido continuada por diversas tradiciones hasta el presente. La crítica de la "concepción

racionalista del hombre" es claramente expuesta –escribe Touraine– por una "sociología [que] nació pesimista ... [en tanto] manifiesta la conciencia de la incompatibilidad que hay entre el deseo y la razón y de la identidad de razón y reglas sociales". La articulación armónica entre "la institución y las motivaciones" es abandonada por una representación conflictiva entre "racionalidad social" y "deseo personal". La oposición entre la magnitud del bienestar demandado por un individuo egoísta y violento y las necesidades de integración social preocupa a la sociología de Durkheim. Frente al conflicto ocasionado por el enfrentamiento entre deseo y reglas sociales, "Durkheim sostiene que es la sociedad la que impone las reglas morales por obra de las cuales la razón triunfa sobre el deseo". La ausencia de racionalidad en el fundamento último de la conducta del individuo aparece en los trabajos de Weber cuando éste "insiste en el carácter no racional de los valores calvinistas y hace del profeta la figura central de la vida social y política" moderna. En efecto, la "conciencia que se tiene a fines del siglo de la decadencia de Occidente" tiende a expresarse en las diferentes relaciones de vasallaje a que está sometida la acción del yo racional. Sujeto al deseo de enriquecimiento, al mundo de las pulsiones, a la ley

parental, a la irracionalidad de los valores, a la búsqueda de bienestar y felicidad ilimitadas, la crisis de la Ilustración coloca a la sociología, al psicoanálisis y a la filosofía nietzscheana "dentro del movimiento general de destrucción de la concepción racionalista del hombre".

Cerrado este extenso peregrinaje en torno a la representación de la modernidad matizada por el pensamiento del Renacimiento y la Reforma, las diversas versiones del humanismo del siglo XVII, la *Aufklärung* del XVIII, el positivismo y el historicismo del XIX y, finalmente, las obras tanto de Nietzsche y Freud como de los padres de la sociología, aparece la perspectiva de comprensión de Touraine. La maqueta interpretativa de éste proyecta sobre el fondo de una modernidad "identificada con el orden impersonal de la naturaleza o la historia [...] la referencia a un sujeto que es libertad, es decir, que postula como principio del bien el control que el individuo ejerce sobre sus actos y su situación [...]". La acción de este sujeto impugna la idea de un individuo, o bien soberano de sus pasiones, o bien productor de una acción racional adecuada a las expectativas de rol determinadas por las demandas de integración del sistema social, o bien agente cuya libertad reside en el reconocimiento de una legalidad

inmanente y necesaria al devenir histórico con arreglo a la que orienta su conducta. Para el pensamiento de Touraine, como consecuencia, el funcionalismo sistémico y el determinismo teleológico participan de una concepción que disuelve la noción de libertad y, por ende, de "un sujeto [que] es la voluntad de un individuo de obrar y de ser reconocido como actor". Desde una representación diseñada con los materiales suministrados por los problemas clásicos de la filosofía política, la modernidad es descompuesta por Touraine sobre la base de dos modelos de funcionamiento opuestos y heterogéneos: la lógica de la acción del sistema, por un lado, y la lógica de la libertad del sujeto, por otro. Touraine piensa el sujeto *qua* "movimiento social", como oposición a la lógica del orden, aunque ésta tome la forma utilitaria o simplemente represente la búsqueda de integración social". Organizados por la defensa de la capacidad de autonomía, la acción de los movimientos sociales define "el esfuerzo de un actor por adueñarse de los 'valores', de las orientaciones culturales de una sociedad oponiéndose a la acción de un adversario con el que está vinculado por relaciones de poder".

Al identificar la racionalidad con el proceso de racionalización, el programa del imaginario moderno definió como tarea esencial la institución de órdenes

sociales y políticos organizados sobre la base de codificaciones jurídicas de carácter secular. Desde este horizonte, la "ideología modernista" identificó razón y sujeto, siendo este último un individuo cuyas acciones son adecuadas a una racionalidad de tipo instrumental -i. e. una conducta con arreglo a las expectativas de rol demandadas por el sistema social-. Mientras Freud hace de la conciencia una mera cualidad psíquica, evaporando, de este modo, el fundamento del individuo racional y utilitario en el suelo de esa tierra extraña interior que llama lo inconsciente, Touraine postula un sujeto que se constituye al "desfasarse respecto de sus propios roles sociales", desarticulando, por ende, la pretendida articulación entre actor y sistema social.

Delimitada por la crisis de una

concepción del sujeto político que abandonó definitivamente la enunciación marxiana de la clase social, y reconociéndose en la tradición exegética comenzada con Freud, la hermenéutica propuesta por Touraine parece ser una topología de la modernidad que intenta representar sobre un mismo espacio el proceso de racionalización institucional y el movimiento de constitución de un sujeto que se resiste a ser absorbido por el primero. El sujeto de Touraine no es totalmente interior ni absolutamente exterior al sistema; su espacio de constitución está formado a modo de un permanente juego de sujeción y separación respecto de la lógica del orden social, oscilando entre la dependencia y la autonomía.

Marcelo Altomare

Beatriz Sarlo,
Escenas de la vida posmoderna,
Buenos Aires, Espasa Calpe, 192
páginas, 1994.

Sobre el arte y la vida

No es sencillo comentar el último libro de Beatriz Sarlo, en primer lugar, porque debería poder decirse algo que estuviese a la

altura del acontecimiento: la aparición de uno de los libros más importantes de la crítica cultural argentina. Esta dificultad puede traducirse en una glosa interminable o en la enumeración de adjetivos que poco comunican además de la admiración. Pero, al mismo tiempo, las cualidades del libro generan otros problemas, más sustantivos, porque, ¿cómo